

La Revista de Neuro-Psiquiatría: reflexiones sobre sus fundadores, sus “laboratorios” y su historia institucional.

Revista de Neuro-Psiquiatría: reflections on its founders, their “laboratories” and its institutional history.

Verna Alva^{1,a,b,c}

RESUMEN

Tras una breve revisión histórica, se examinan tres segmentos en la existencia de la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, detallándose aspectos, en algunos casos poco conocidos, de los fundadores, sus colaboradores inmediatos y características de estilo personal, ambientes en los que desarrollaron su labor clínica, docente y de investigación, así como el *background* institucional que apoyó la publicación desde sus comienzos (Cátedras universitarias, hospitales y sociedades profesionales). Se analiza en particular la gestión de Javier Mariátegui como Director-Editor y se formulan aseveraciones y reflexiones en relación al futuro de la *Revista* en el ámbito médico-editorial nacional e internacional.

PALABRAS CLAVE: Revistas psiquiátricas, psiquiatría peruana, neurología peruana, *Revista de Neuro-Psiquiatría*.

SUMMARY

After a brief historical review, three aspects of the existence of the *Revista de Neuro-Psiquiatría* are examined, with occasional little known details about its founders, their immediate collaborators, their personal style characteristics, environmental settings in which they developed their clinical, teaching and research work, as well as the institutional background (university chairs, hospitals and professional organizations) that supported the publication from the start. Particular focus is paid to the role of Javier Mariátegui as Director-Editor, and reflections on the future of the *Revista* in the national and international medical editorial ambit, are formulated.

KEYWORDS: Psychiatric journals, Peruvian psychiatry, Peruvian neurology, *Revista de Neuro-Psiquiatría*.

Rendir homenaje a la *Revista de Neuro-Psiquiatría* es rendir, ciertamente, homenaje a sus fundadores, pero también a todos sus directores, redactores y autores durante sus más de siete décadas de existencia y reconocer el celo y lealtad a los emblemáticos maestros del siglo pasado, por parte de las nuevas generaciones. En esta evocación intento enlazar tres aspectos: Las figuras emblemáticas de los fundadores, las cátedras y los ambientes hospitalarios donde se forjó esta gesta intelectual y la trayectoria de la Sociedad de Neuro-Psiquiatría.

Los Fundadores: Honorio Delgado y Julio Óscar Trelles

Sobre ellos se ha escrito mucho y se seguirá escribiendo. Son parte de la historia de la psiquiatría y la neurología peruana y mundial. Los miembros de la Promoción Médica Augusto Pérez Aranibar 1958, de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, tuvimos el privilegio de recibir cátedra directa de estos notables profesores fundadores y la solemnidad de sus clases inaugurales.

¹Academia Peruana de Salud. Lima, Perú

^aMédico-Psiquiatra ; ^bMagister en Salud Pública ; ^cDoctora en Medicina

Honorio Delgado (1892-1969): médico psiquiatra, maestro, filósofo, ensayista y escritor, con visión del país y su entorno social. Ministro de Educación, Rector fundador de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Un peruano universal en la autorizada percepción de Javier Mariátegui (1, 2).

Julio Óscar Trelles (1904-1990): médico neurólogo, estudiante sobresaliente en París. Enamorado de la especialidad, fue un clínico diestro e investigador notable. Fundó la Escuela Neurológica Peruana. Maestro de las primeras generaciones de neurólogos, con clara visión social. Ministro de Salud y Ministro del Interior. Senador y presidente del Congreso de la República.

Estas dos figuras emblemáticas condujeron históricamente el desarrollo de sus especialidades en el Perú a un innegable primer lugar en América Latina y suscitaron el respeto y reconocimiento de las más importantes figuras de la neuropsiquiatría mundial, principalmente la europea. Es por ellos y por su obra que la *Revista* que ellos fundaron hace 75 años ha estado presente y vigente en el devenir de la psiquiatría y la neurología en nuestro país y más allá de él. Con sano y legítimo orgullo podemos señalar que la *Revista de Neuro-Psiquiatría* figura, en su género, entre las de más antigua publicación continua en el habla de Cervantes. Es más, sus páginas forman parte de la historia de la medicina peruana y han dado lustre y acertado prestigio a la psiquiatría y la neurología y a sus disciplinas afines (3, 4).

La *Revista de Neuro-Psiquiatría* no ha tenido resurrecciones porque nunca dejó de existir. Su continuidad tiene el halo vital que le infundieron sus fundadores, directores y cuerpos de redacción. Traspasará el ciclo vital humano y seguirá transmitiendo la vida de la Neuropsiquiatría a las generaciones que siguieron a sus próceres, que así deben llamarse sus fundadores, porque si hay próceres que nos dieron la independencia, próceres son también los que abrieron las puertas a la neurología y a la psiquiatría que son ciencias de libertad (5).

Cuando leo los nombres del cuerpo de redactores en los primeros números de la *Revista*, en ese tiempo jóvenes médicos, concluyo que, prácticamente, todos llegaron a ser ilustres en sus especialidades. Conocí más tarde a muchos de ellos. Menciono al director del Hospital Víctor Larco Herrera (HVLH), el “maestro oral”, el incansable y culto conversador Dr. Juan Francisco Valega, el cual podía detenerse

con calma en las veredas del hospital o en la esquina de las librerías Rosay, por la plaza San Martín, para referirnos historias y anécdotas profundas y amenas. Valega, sin embargo, publicó un artículo como coautor de Delgado y Gutiérrez-Noriega en el primer volumen de la *Revista* (6). Recuerdo al fundador del Servicio de Niños del HVLH, el pediatra integral, Dr. Carlos Krumdieck. A los doctores Enrique Encinas, ilustre neuropatólogo, noblemente sumido en su laboratorio y Max Arnillas Arana administrando, bajo la supervisión del profesor Honorio Delgado, los primeros electroshocks, las curas insulínicas y el cardiazol, introducido en 1938 por el director Dr. Baltazar Caravedo Prado. Al Dr. Federico Sal y Rosas, devoto estudioso de la psiquiatría folklórica y de los síndromes psiquiátricos nativos. Evoco al Dr. Carrillo Broatch, quien pasó de enfermero a estudiante de medicina, y luego a distinguido psiquiatra. Al Dr. Emilio Majluf, enjundioso y ávido lector, el dinamo funcional de los servicios de Niños del Hospital. El Dr. Luciano Barrere, neuro-oftalmólogo, auténtico misionero de la salud. Los Dres. Alfredo Saavedra, Víctor Paredes, Susi Roedenbeck (neuróloga, fundadora del Servicio de Neurología Infantil del Hospital del Niño), todos, prominentes especialistas. Al maestro Humberto Rotondo, forjador de varias promociones de psiquiatras desde la dirección médica del Hospital Hermilio Valdizán y la cátedra de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Y muchos más que contribuyeron activamente al desarrollo de la *Revista*.

Las páginas de la *Revista*, de plomizo forro por varias décadas, vestida de sastré azul en las últimas, no se escribieron, no se recopilaron, ni se imprimieron solas. Se forjaron con el numen auténtico de sus progenitores. También fueron activos con su pluma preclaros médicos internistas y otros, como los médicos historiadores y expertos en medicina legal.

Si bien se alimentó más de contribuciones en psiquiatría y neurología, a las cuales adhirieron sus fundadores, la *Revista* no expresó sectarismos o intención marginadora dentro de las corrientes de estas ciencias. Por ejemplo, el joven médico Carlos Alberto Seguí, con notable interés en el desarrollo de una psiquiatría psicodinámica, con bases psicoanalíticas, al regreso de sus estudios en Argentina, en 1940, fue miembro del cuerpo de redacción de la *Revista*, y el mismo Dr. Honorio Delgado escribió un comentario sobre el libro de Seguí, *Freud, un gran explorador del alma*, anotando mesurada y necesaria crítica, pero elogiando justicieramente al autor (7). En sus

páginas se saludó también el establecimiento de un consultorio y servicio de psiquiatría en el Hospital Obrero, fundado por Seguín, propulsor pionero de la medicina psicosomática que continuó como un activo miembro de la Sociedad de Neuropsiquiatría y autor en la *Revista* hasta 1955. Honorio Delgado también escribió en *Noticia de Libros*, acerca de otro libro de Carlos Alberto Seguín, *Introducción a la Medicina Psicosomática* (8).

Los hospitales y las Cátedras de Psiquiatría y de Neurología: Los laboratorios de la *Revista*

Los maestros fundadores eran jefes de Servicios en los hospitales que se constituían así, en realidad, en auténticos hogares o casas de trabajo, de reflexión, de investigación y de enseñanza. A su modo, inspiraban, acercaban al estudio a quienes querían ahondar en esas rutas.

El profesor Honorio Delgado era Profesor Principal y Titular de la Cátedra de Psiquiatría que había sido fundada por su maestro, Hermilio Valdizán, en 1916. El profesor Julio Óscar Trelles fundó la cátedra de Neurología en 1937. La *Revista* fue una publicación de estas dos cátedras desde su fundación hasta 1961, cuando ambos profesores y muchos más renunciaron a la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos para crear la Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas, que devino más adelante en la Universidad Peruana Cayetano Heredia. La publicación de la *Revista* continuó sin interrupciones.

La “casa de trabajo” de Honorio Delgado se situó en el Hospital Víctor Larco Herrera, inaugurado en enero de 1918, con el nombre de Asilo Colonia de la Magdalena. Su sala principal era el Pabellón No. 2. El joven médico Delgado, de sólida formación biológica, que trabajó con anterioridad en el Hospicio de Insanos al lado de su maestro Hermilio Valdizán, llegó a una infraestructura hospitalaria nueva, de avanzada para ese tiempo, no solo para el Perú sino para toda América.

La primera lección de cada nuevo año académico en la Cátedra de Psiquiatría, era dictada de manera solemne por Honorio Delgado con su porte distinguido, su fino talante, su verbo preciso, todo ello reflejo de su profunda formación europea (9). Sus discípulos, luego, continuaban las clases; recuerdo entre ellos, a nuestro maestro del curso de Psicología Médica, en el segundo año de Premédicas, don Alfredo Saavedra.

En nuestro último año de estudios, en 1957, el dictado del curso concluyó con la participación de un nuevo médico docente, quien nos pareció muy joven para dictar clases magistrales, pero que nos impresionó por su sapienciasapiencia: era Javier Mariátegui, a quien, hasta ahí, identificamos solo como *el último hijo del Amauta*.

Los pacientes que se presentaban en las clases eran “manicomiales” pero no por ello dejaban de ser seres humanos. Así nos lo enseñaron los maestros. Yo supe del Hospital Larco Herrera desde mis días de la escuela primaria. Un vecino adolescente, de actuar algo extraño, con un lenguaje singular, se ausentaba por temporadas de su casa. Su madre nos contaba que lo llevaba al Hospital Larco Herrera para sesiones de cardiazol con el Dr. Arnillas Arana, discípulo del ya famoso Profesor Dr. Honorio Delgado. Fueron esas las primeras noticias que tuve acerca de la esquizofrenia, del hospital de enfermedades mentales (“hospital de locos”) y de un tratamiento que estremecía. Yo tenía 7 años. Nunca me olvidé de los nombres de los especialistas médicos mencionados, del cardiazol, del adolescente que se ponía “más raro” por temporadas.

Diez años más tarde, mi promoción de secundaria, doce muchachos y tres chicas, vinimos en una excursión a Lima. Nuestras visitas fueron a un museo y al Hospital Larco Herrera, que todavía tenía jardines cuidados, panadería, imprenta, y otros talleres, además de sus pabellones regulares y enfermos que ambulaban por las veredas. Vimos también a los hombres de mandiles blancos. Fue impactante y fascinante esa experiencia. Dirigía el Hospital el Dr. Baltazar Caravedo Prado (1884-1953), quien había reemplazado al primer director, el maestro Valdizán, tras su prematura desaparición en 1929. Caravedo Prado formó parte de la generación de fundadores de la moderna psiquiatría (con Lorente de Patrón y Valdizán). Desde que fue médico de la familia en la hacienda Roma (departamento de La Libertad), tuvo el mérito de sensibilizar al filántropo Víctor Larco Herrera para que dirigiera su interés y sus recursos económicos a la salud mental. Viajó con él a Europa y Estados Unidos de Norteamérica para conocer los últimos avances en el cuidado de la salud mental y la organización de servicios. Caravedo Prado tuvo enorme interés en proponer normas para la salud mental y la asistencia hospitalaria (10). Ejerció el cargo de higienista anteriormente y, en tal capacidad, propuso que todos los que aspiraban a tener una licencia para conducir vehículos deberían pasar por un examen de psiquiatría. Una sugerencia de valor histórico y una

medida cuya vigencia en estos tiempos de violentos y fatales accidentes de tránsito en ciudades, villorrios y carreteras se hace indispensable.

Años más tarde, regresamos al Hospital Larco Herrera como alumnos del curso de Psiquiatría, y luego, ya con el ropaje de médicos graduados, volvimos para aprender en esos peculiares ambientes de prácticas o residencias no escolarizadas. Nos tocó asistir al Pabellón 18. Coordinaba allí las actividades docentes, el Dr. Mariano Querol. El jefe de Servicio era el profesor Delgado, quien aparecía una vez a la semana. Con su presencia única, bajaba de su auto y era atendido inmediatamente por los asistentes, casi se podría decir “en orden de antigüedad”: uno le ayudaba a quitarse el abrigo y el sombrero, otro velaría para que toda su vestimenta estuviera exenta de suciedad, un tercero le ayudaría a ponerse el blanco guardapolvo con el que pasaría visita a todos los pacientes del pabellón. Los médicos más jóvenes, o recién llegados, aguardábamos en fila india, discretamente asombrados. Por varias semanas yo fui la última de la fila, hasta que llegó Maita García Trovato. Con ella compartimos el asombro y nos reafirmamos en nuestra decisión de querer ser psiquiatras mientras seguíamos la visita y el comentario, las preguntas y las recomendaciones del Maestro. Su trato fino a los pacientes de toda clase era impresionante (11). Nuestra posición era, creo, menor que psiquiatras en agrás. La visita era solemne. Solemne habría de ser también la formación del psiquiatra, con lecturas de textos y revistas (lejano estaba el Internet), estudios de casos, discusiones clínicas. Siempre nos instaban a preocuparnos para desarrollar trabajos con la posibilidad de ser publicados y se encomendaban tareas de revisión y escritura de recensiones para la *Revista de Neuro-Psiquiatría* y para la que fue efímera revista de la Asociación Psiquiátrica Peruana. No podremos olvidar el espíritu de trabajo de aquellos años. Los enfermos procedían de variadas estancias, algunos informaban que trabajaban en talleres o fábricas (una de ellas era, por ejemplo, “la mayólica del trébol” referida a una fábrica de entonces), pero el mensaje de nuestros maestros era mantener siempre un diálogo generoso y respetable con todos los pacientes.

Recuerdo en particular dos visitas al Profesor Delgado. La primera fue para pedirle una carta o nota de recomendación a ser parte de mi expediente en un concurso del Ministerio de Salud. Recuerdo su fina recepción con europeo saludo, su escuchar atento y relevante, sus palabras encomiosas y alentadoras. La otra fue una visita a su lecho de enfermo. Tuve el ánimo de visitarlo en el Hospital del Empleado (hoy

Rebagliati). Osadía, tal vez, pero me recibió. Entre mi agradecimiento por toda su tarea de maestro me dio permiso para leer parte de un Salmo de esperanza. Tenía los ojos vendados. Sentenció, finalmente: “Vuelva usted cuando yo esté mejor para que conversemos sobre estos temas tan importantes”. No fue posible. Su vida se apagó poco tiempo después. Mientras exista este mundo, Honorio Delgado será perennemente recordado por todas las generaciones de psiquiatras peruanos. Pero llegará el día del reencuentro porque la promesa cristiana de la vida eterna así lo enseña. Entonces, por edades sin fin, no habrá límites para el desarrollo del conocimiento y todas las dimensiones vitales. Que sea nuestro privilegio, también, ver y saludar a estos hombres ilustres en la inmortalidad.

En el Hospital Larco Herrera, dos antiguos pabellones (N^{os}. 2 y 18), y uno flamante (N^o 20) estaban bajo la jefatura de profesor Honorio Delgado. El Dr. Alfredo Saavedra, quien había trabajado en el Hospital Santo Toribio de Mogrovejo, se trasladó a esa nueva posición en 1958, y allí se instaló también el joven médico Javier Mariátegui, acendrado discípulo de Don Honorio, quien llegó a ser importante colaborador de los Directores-Fundadores de la *Revista de Neuro-Psiquiatría*. Javier utilizaba cuidadosamente el tiempo dedicado a investigaciones, trabajos clínicos y diálogos con figuras legendarias e históricas del Hospital, como el profesor Enrique Encinas. Hurgaba así en la historia de la psiquiatría del Perú.

A su vez, en el Hospital Santo Toribio de Mogrovejo, el Profesor Julio Óscar Trelles, titular de la Cátedra de Neurología dictaba la clase inicial en el paraninfo de la Facultad. Contaba con la colaboración de un distinguido cuerpo docente y las prácticas se efectuaban en el legendario Hospital Santo Toribio. Colaboraban jóvenes médicos e incluso alumnos de años superiores de medicina como Jefes de Práctica. Había olor a entrega y pasión por las vías nerviosas y el cerebro.

La “casa” del profesor Trelles fue el antiguo Refugio, construido alrededor de 1669, más tarde nominado Hospicio para Enfermedades Nerviosas y Mentales. A su regreso de Francia, su cátedra, su palestra y su laboratorio de investigaciones del cerebro y del sistema nervioso estuvieron allí. Y nunca quiso salir de él, aunque se le ofreció construir, en la década de 1980, en otra área de la ciudad, una moderna infraestructura para un Instituto Nacional de Ciencias Neurológicas. El Hospicio fue nominado Hospital Santo Toribio (1937) y, más tarde, se constituyó como la sede del

Instituto Nacional de Ciencias Neurológicas (2006). Es testimonio permanente de una etapa histórica de la enseñanza y de la investigación neurológica peruana.

Dado nuestro interés en la neurología y la psiquiatría como posibles rutas de especialización, en los últimos veranos de los estudios médicos y antes del dictado del curso asistíamos, previa honorable venia de los maestros, a las salas y consultorios del Hospital, en particular a la consulta neurológica y psiquiátrica del Dr. Alfredo Saavedra, discípulo privilegiado de ambos maestros-fundadores.

Recuerdo escenas muy gratas. Tuvimos la oportunidad de saludar al Profesor Trelles, Director del Hospital. Nos tocó escuchar las campanadas que anunciaban su llegada y verlo, vistiendo su clásico abrigo azul, caminar a su despacho acompañado por sus más cercanos colaboradores. La hora cumbre era cuando el Maestro se hacía presente en las salas de nuestras prácticas. Venía siempre acompañado de sus discípulos. Al escuchar los nombres de los nuevos estudiantes, cuando le eran presentados, formulaba ocasionalmente algunos comentarios como el que hizo a propósito de “La Casa de Bernarda Alba” de García Lorca. La discusión final de casos de la mañana concluía con el cálido refresco de cebada preparado por las religiosas. Siempre había una enseñanza adicional, noticias de avances en las ciencias como las de la naciente “revolución” psicofarmacológica, y también comentarios del devenir social y político de nuestro país y del orden internacional. El Profesor aprovechaba algunas ocasiones para recordar a sus discípulos tareas vinculadas a la *Revista*. Los llamaba, cariñosamente, por su nombre de pila, Alfredo (Saavedra), Silvio (Escalante), por mencionar a algunos. Los discípulos estaban indudablemente dentro del ámbito de la amistad del Maestro.

La *Revista de Neuro-Psiquiatría* se forjaba pues en esos ambientes, en esos hospitales que eran realmente “hospitalarios” y amigables para los estudiantes de medicina y jóvenes médicos. Allí vi el trabajo de aquellos días. Lejos estaba todavía la llegada de las computadoras y del Internet. Había pocas máquinas de escribir (a fines de la década de 1950, recién hubo máquinas eléctricas) que, después del lápiz y la tinta, acompañaron por años la elaboración de los trabajos de investigación y de divulgación. En las imprentas se utilizaban los pequeños moldes (o lingotes) de plomo para la composición. Allí estaban los discípulos que, a la vez que se iniciaban como autores de trabajos y de publicaciones, estaban encargados de recopilar

los trabajos que tenían que presentar los designados para el número que se aproximaba, y se convertían, también, en correctores de las largas tiras salidas de los plomos de la imprenta. Para copias a mano estaba el mimeógrafo, y, con anterioridad, una casera copiadora de gelatina.

No podemos dejar de mencionar a una figura importante para la elaboración de la *Revista*, el Sr. Oscar Pino, secretario auxiliar de la Cátedra de Psiquiatría de la UNMSM. Creo que él tenía impregnados en sus células el olor, el color y las pruebas de la *Revista*. Su trabajo era, además, recoger los ejemplares de la imprenta y distribuirlos. Por algunos años se imprimió en la Editorial P.L. Villanueva, posteriormente en la Imprenta Unión y, recientemente, en la UPCH. Como protagonista de una larga época (más de 50 años) en la historia de la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, muchos hubiéramos anhelado un anecdotario elaborado por Don Oscar Pino, antes de su sensible fallecimiento. En todo caso, los recuerdos de su acción perdurarán por siempre (12).

La Sociedad Peruana de Psiquiatría, Neurología y Neurocirugía

La Sociedad de Psiquiatría, Neurología y Medicina Legal fue organizada también en 1938, por los mismos fundadores y directores de la *Revista* y otros distinguidos médicos. Fue llamada después Sociedad de Neuro-Psiquiatría y, años más tarde, Sociedad de Psiquiatría, Neurología y Neurocirugía (13). Indudablemente la *Revista* se constituyó en el “renglón parlante” de la Sociedad ya que la publicaba y transmitía el sentir y quehacer de la Sociedad. Transcribió, prácticamente, todas las sesiones de las primeras décadas, el registro de las presentaciones, los comentarios y las críticas.

Con emoción, he leído el acta de una sesión en el pleno albor de la *Revista*, cuyo acto central fue la incorporación como Miembro Honorario de nada menos que el eminente sabio don Gregorio Marañón. ¡Qué fina fue la bienvenida de don Honorio Delgado y que cálidas las palabras del sabio español!; éstas fueron ciertamente, proféticas, al afirmar que Honorio Delgado vería en vida la honda huella de su labor intelectual y académica (14), y así fue. Muchas otras eminencias ocuparon la tribuna de la Sociedad y nos deleitaron con sabias conferencias.

Las reuniones mensuales de la Sociedad tenían lugar en el Salón de Actos de la sede de la Academia

Nacional de Medicina, ubicada en el Jirón Camaná. Se llegaba pacífica y puntualmente, porque Lima solo tenía cerca de un millón de habitantes. No había horas punta tormentosas. Circulaban los tranvías o, caminando pocas cuadras, encontrábamos también el ómnibus Tacna-Trípoli con suficientes asientos.

Las sesiones comenzaban a la hora exacta, 7:30 pm. Eran serias, señoriales, circunspectas, con tonos de entusiasmo o con silencios críticos, con comentarios de hondura y gravedad. Los fundadores se sentaban en la primera fila. Vestidos seria, elegante y decorosamente. Allí estuvieron, también, el sombrero de paño, los escarpines, el bastón. En las siguientes filas de asientos, casi con rango de antigüedad, se iban situando los otros miembros. La puntualidad, recalamos, era la regla. Se leían las ponencias o presentaciones, se ilustraba con grandes cuadros hechos a mano. Años más tarde, con hojas más pequeñas, usando un proyector de láminas, y después diapositivas. La sede de Camaná no vio la luz de la era digital para estos menesteres. La discusión debería comenzar con comentarios emitidos por los más jóvenes, para terminar con las rotundas aseveraciones de los maestros fundadores, críticas elogiosas o inspiradoras, dadas en medida estimulante para la inquietud investigadora.

Los fundadores y quienes les siguieron mantuvieron por décadas la gesta de orden, disciplina y renovación que marcó el nacimiento de la Sociedad y el desarrollo de sus funciones académicas. La historia, sin embargo, no se detuvo. Hacia comienzos de la década de los años 60, se llegó a un momento de transformaciones académicas, una coyuntura universitaria decisiva: las luchas e ideales de los maestros, las inquietudes y visiones de los alumnos y los siempre penetrantes chispazos de las políticas partidarias. La crisis en la Facultad de Medicina de la UNMSM afectó también a la *Revista* pues en ella se instiló también el sello herediano y sobre su ropaje ecléctico percutieron los aires de avanzar y renovar. Los fundadores de la Sociedad y de la *Revista de Neuro-Psiquiatría* fueron también los fundadores de la nueva Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas (posteriormente, Universidad Peruana Cayetano Heredia). Al lado de Honorio Delgado, su primer Rector y de Julio Óscar Trelles, Profesor Fundador estuvieron Javier Mariátegui y muchos otros colaboradores y miembros del cuerpo de redacción, tales como Enrique Fernández, primer Secretario General de la nueva Universidad.

La era de Javier Mariátegui como Director de la Revista de Neuro-Psiquiatría

Después de haber trabajado en el Hospital Larco Herrera, Javier Mariátegui (1928-2008) dirigió desde 1962, la Clínica Psiquiátrica de Día del Ministerio de Salud, que podría inscribirse como una institución dentro de la llamada “tercera revolución” de la psiquiatría, la revolución de proyección comunitaria y compromiso social. Este centro, más tarde denominado Servicio de Salud Mental Honorio Delgado, contó pues con la dirección de un profesional de excepción. Allí se inició la enseñanza de la psiquiatría en consultorios externos por parte de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, y también fue la sede de las primeras residencias escolarizadas de psiquiatría asignadas a esta universidad. Ahí también residieron los olores y los sabores de la *Revista* por espacio de 20 años.

Con el amplio bagaje de su experiencia y su continuo quehacer en la investigación y la docencia, no sorprendió el que, en el momento oportuno, Javier Mariátegui fuera llamado a dirigir el flamante Instituto Nacional de Salud Mental “Honorio Delgado-Hideyo Noguchi” en 1982 (15). Inseparablemente identificado con la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, la llevó con él. La *Revista* era, en verdad, parte de su respiración intelectual y emocional.

Javier Mariátegui, discípulo de Honorio Delgado, fue un sabio psiquiatra de formación nacional. Diría, también, que fue un discípulo histórico, o discípulo póstumo, de Hermilio Valdizán (1885-1929), el fundador de la moderna psiquiatría en nuestro país. No se conocieron de manera personal porque la vida del maestro Valdizán se extinguió prematuramente, cuando Javier Mariátegui apenas había nacido. Pero este inquisidor de la historia y del conocimiento estudió la vida y obra de aquel otro Maestro y se erigió en vocero calificado de su vital presencia en la historia de nuestra disciplina (16).

Cuando el *pater admirabilis* Honorio Delgado dejó este mundo, en 1969, los directores de la *Revista* fueron Julio Óscar Trelles y Javier Mariátegui. A la desaparición del Maestro de la Neurología, Javier compartió la dirección, por el lapso de una década, con Luis Trelles, hijo de Don Julio Oscar. Lucho dejó prematuramente el mundo de los vivientes y, desde entonces, Javier Mariátegui dirigió la *Revista* hasta el final de sus días.

Nacido metafóricamente dentro del olor de las tintas y el ruido de los plomos de las imprentas, el hijo menor del autor de los *Siete Ensayos de la Realidad Peruana*, fue preclaro discípulo de Honorio Delgado. Para Javier Mariátegui, el honor de dirigir la *Revista* fue, naturalmente, una gran responsabilidad, acogida y ejecutada sin embargo con alegría y calidad. Se preocupaba por vigilar todos los estadios de su desarrollo, desde llamar a los autores y colaboradores e instarlos a cumplir con el compromiso. Leía el manuscrito, revisaba las pruebas y las repartía para que fueran atendidas las correcciones, que habrían de tener su visto bueno. Hacía lo mismo con el afinado toque (“las pruebas”) de la imprenta. Javier extendía a todos su cordialidad peculiar, su sincero afecto, el mismo que le permitía bromear, reír y usar su característica ironía con oportunidad y elegancia.

La *Revista* tenía un contenido y un cometido más allá de una común publicación especializada. Su misión era seguir llevando la voz y el anhelo de sus fundadores, poner el avance de las ciencias que inspiraron su creación en las manos de todos los profesionales: Los mayores, que sintieron que la *Revista* también les pertenecía porque la vieron nacer o se incorporaron a su Cuerpo de Redacción en la primera década de su historia; los de mediana edad, que incursionaban con sus producciones, con renovada pluma, situándose gradualmente a cargo de las principales tareas; y los jóvenes, que aspiraban a llegar a posiciones de importancia y responsabilidad en el desarrollo de la psiquiatría y neurología peruanas, y, por qué no, a ocupar también más adelante una posición en la *Revista*. El anhelo y la profecía se han cumplido. Don Javier sentía que dirigía un proyecto vital encomendado por sus padres intelectuales, un encargo vivo de trascendencia multi-generacional. Puedo dar testimonio de la alegría y satisfacción que expresaba ante la aparición de cada número de la revista.

Javier Mariátegui conectó más intensamente a la *Revista* con la psiquiatría y neurología latinoamericana y del viejo mundo. Era amigo personal del Director de *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, el notable psiquiatra argentino Guillermo Vidal, y de varios maestros de la vieja Europa. Fue no solo hijo del gran Amauta sino que devino él mismo en un Amauta de nuestra Psiquiatría, dotado de una cultura universal de múltiples facetas, académico de la medicina, de la historia y de la lengua. Un maestro, un consejero, un amigo. Se convirtió en mentor de un selecto grupo de

jóvenes que llegaron a ser ilustres psiquiatras. La savia espiritual necesaria para esta tarea se iba transmitiendo. La *Revista* era como la lanceta que movía honor y talento por sus permanentes desafíos para mantenerse al día con el apresurado paso de las ciencias. Y la tarea así cumplida era, es y será refrescante tónico para el desarrollo de las nuevas generaciones (17).

La Sociedad de Psiquiatría, Neurología y Neurocirugía se escinde, la *Revista de Neuro-Psiquiatría* permanece

Se ha dicho ya que, sin lugar a dudas, la Sociedad Peruana de Psiquiatría, Neurología y Neurocirugía, a lo largo de su existencia, constituyó el párrafo audible de la *Revista de Neuro-Psiquiatría*. En 1988 sin embargo, al cumplirse las Bodas de Oro de la Sociedad, terminó una etapa. Llegó la hora de un nuevo pensamiento. Siempre discutible, tras largas deliberaciones, arengas en pro y en contra, con la presencia de uno de los fundadores de la Sociedad y de la *Revista*, cuya posición abonó por la escisión, la Sociedad que fuera incubadora, propulsora y alma parlante de la *Revista* pasó a formar parte de la historia, así lo decidió el voto mayoritario.

La Sociedad de Neuro-Psiquiatría se convirtió en la Sociedad Peruana de Neurología. Todavía, algunos tenemos nostalgia por la entidad y sus reuniones cuya presidencia se alternaba entre psiquiatras, neurólogos y neurocirujanos en una convivencia enriquecedora que mantenía enhiestas las banderas académicas y societarias de las ciencias del cerebro. Declarado el término de vida, se arriaron las banderas que la habían sostenido. Entonces, los psiquiatras que habían permanecido en ella tuvieron que migrar a la Asociación Psiquiátrica Peruana, que agrupaba desde 1954 a la mayoría de las nuevas generaciones de especialistas. ¿Podría haber estado esta posición en los sueños de Don Honorio?

Desde la partida de don Javier Mariátegui en agosto de 2008, y de acuerdo con algunas de sus recomendaciones, la *Revista de Neuropsiquiatría* — que no puede morir — pasó a la custodia, la guardianía y la conducción de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Digno es el legado para una digna institución. Con la Cátedra Honorio Delgado y su Titular, el Dr. Renato D. Alarcón, eminente psiquiatra del Perú y de América por su trayectoria de investigador, autor y maestro, sabemos que la *Revista* seguirá como el grano de la mostaza sembrado en tierra fértil,

produciendo frutos de a cien, de a mil y más, de incontable influencia mientras duren este mundo y sus civilizaciones sostenibles (18, 19).

NOTA: El presente trabajo fue presentado en el Coloquio Intergeneracional sobre las Bodas de Diamante de la *Revista de Neuro-Psiquiatría*, Lima, el 27 de Marzo de 2014.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Mariátegui J. Introducción. Honorio Delgado en *El Comercio* (pp. I-VI). Lima: Ediciones El Comercio; 1992.
2. Alarcón RD. Vigencia del pensamiento de Honorio Delgado en la psiquiatría contemporánea. *Rev Neuropsiquiatr*. 1982; 45: 127-151.
3. Seguí CA. Hacia una psiquiatría latinoamericana. *Acta Psiquiatr Psicol Am Latina*. 1972; 18: 413-419.
4. Mariátegui J. Ruta social de la psiquiatría peruana. *Acta Psiquiatr Psicol Am Latina*. 1972; 18: 371-376.
5. Alarcón RD. Perú: Bocetos de la psiquiatría peruana. En: Villaseñor-Bayardo SJ, Rojas C, Garrabé J (Editores). *Antología de textos clásicos de la psiquiatría latinoamericana*. Guadalajara, México: Gladet; 2011.p.337-404.
6. Delgado H, Valega JF, Gutiérrez-Noriega C. Contribución al tratamiento de la esquizofrenia con insulina. *Rev Neuropsiquiatr*. 1938; 1: 463-498.
7. Delgado H. Revisión del libro: *Freud, un gran explorador del alma* (Autor: C.A. Seguí). *Rev Neuropsiquiatr*. 1940; 3: 241-242.
8. Delgado H. Revisión del libro *Introducción a la Medicina Psicosomática* (Autor: C.A. Seguí). *Rev Neuropsiquiatr*. 1947; 10: 597-598.
9. Aleksandrowicz J. La evolución consciente y el futuro de la humanidad. *Folia Humanística*. 1965; 3: 409-414.
10. Mariátegui J. *Salud Mental y Realidad Nacional*. Lima: Editorial Minerva; 1988.
11. Mariátegui J. Elogio de Honorio Delgado y otras notas sobre su Centenario. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia; 1993.
12. Alarcón RD. Don Oscar (del) Pino Galarza y la Revista de Neuro-Psiquiatría: Recordando a nuestro orfebre. *Rev Neuropsiquiatr*. 2014; 77 (4): 201-206.
13. Mariátegui J. Historia societaria de la psiquiatría en el Perú. Serie Cuadernos Historiográficos. Coediciones INSM-Cátedra Honorio Delgado. Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia; 1987.
14. Marañón G. Discurso de agradecimiento por el nombramiento de Miembro Honorario de la Sociedad de Neuro-Psiquiatría y Medicina Legal, Set. 7, 1939. *Rev Neuropsiquiatr*. 1939; 4: 489-492.
15. Mariátegui J. Hideyo Noguchi, la psiquiatría y el Perú. Lima: Instituto Nacional de Salud Mental Serie Histórica; 1985.
16. Mariátegui J. Hermilio Valdizán: El proyecto de una psiquiatría peruana. Lima: Biblioteca de Psiquiatría Peruana; 1981.
17. Alarcón RD. Javier Mariátegui y el futuro de la *Revista de Neuro-Psiquiatría* (Editorial). *Rev Neuropsiquiatr*. 2008; 71: 1-2.
18. Pichot P. *Un siglo de psiquiatría*. Paris: Editions Roger Dacosta; 1983.
19. Fricchione GL. *Compassion and healing in medicine and society*. Baltimore, Maryland: Johns Hopkins University Press; 2011.

Recibido: 14/06/2014

Aceptado: 18/05/2015